

LIBRO SEGUNDO

El Jorullo



LIBER SECVNDVS

Xorulus

LIBRO SEGUNDO

El Jorullo

1-7 Proposición

Ahora también del Jorullo Vulcánicos reinos cantando
seguiré, y entraré hasta las negras cavernas del monte
que, amenazando de ruina cruel para tantos poblados,
llegó a despojar de ricas cosechas los prósperos campos;
y globos de llamas y rocas ardientes rompiendo impaciente 5
sus hornos vomita, turbando con gélido horror
a las gentes, cual si al orbe la suerte final preparase.

8-11 Justificación del argumento

Pues aunque deleitan a mi alma los huertos floridos,
y claros arroyos fluyendo entre prados amenos,
no quita que a veces con ojos atentos algunos lo horrible 10
degusten de lejos mirar y, puestos a salvo, rumiarlo.

4 **florentes amens** populauit [...] M • 7 **inuadens**, [...] M

12-18 Invocación

Tú, fértil Pomona, que firme sufriste del monte el furor,
 que fuiste abrasada por leves pavesas del fiero Vulcano,
 dirás de la mies que en el campo quemase el Jorullo,
 de bosques que densos de roble sombrío expolió; 15
 con qué armas furioso retase de guerra al Olimpo,
 mostrando espectáculo horrible entre llamas nocturnas;
 pues toda la quema está hablando de tétrica ruina.

19-35 El Valle antes del desastre; cañaverales y ganados

Érase un valle llamado, con nombre de origen, Jorullo,
 doquiera a lo ancho tendido a través de los agros extensos 20
 muy apto a la caña de azúcar y a grandes rebaños.
 Innúmeros ríos le riegan bañando sus pingües llanuras
 también adornadas por denso alcornoque de tácitos bosques.
 En parte a la caña asignaba el colono estas tierras,
 que blandas hendía opulento con cientos de arados, 25
 y en parte también para pastos de innúmeras greyes.
 Rociadas se llenan de néctar y miel las despensas,
 y cándida azúcar se cuaja en los moldes de barro.
 Jamás encerraba en redil al lanoso ganado,
 sino que doquiera entre selvas y abiertas llanuras vagaba 30
 disforme el rebaño, seguido de muchos guardianes molosos
 que en torno de sí los regía silvestre pastor con cayado.
 Con esto sumaba el colono manadas de bueyes y alados
 caballos, que el césped riente rapaban en prados
 o en bosques tomaban la umbrosa frescura en sosiego. 35

30 syluis MB • 31 Molossûm, B • 32 circùm B

36-58 Las aves de corral y las Palomas

Mas a fin de que no entren hastíos al agricultor,
 la cauta fortuna además aumentóle las aves de granja,
 que suaves recreen al cuerpo cansado, y reparen del alma
 los bríos con su índole blanda, regando de mansa
 dulzura su pecho oprimido de aviesos cuidados. 40
 Por eso la inmensa bandada de Patos, el gárrulo Ganso,
 también la Gallina guardiana tan fiel de su prole,
 colmaban el vasto corral; y siguiendo tras ellos
 con asiduo murmullo pipiaban los tiernos polluelos.
 Hermoso entre todos, el Pavo, la ofrenda de Juno: 45
 camina ciñendo sus sienes de extensa diadema,
 gozoso en barrer con su cola de perlas la tierra,
 o alzándola en rueda pintada de densas estrellas
 mostrar muy ufano con vano esplendor sus colores,
 y muy circunspecto enruecarse entre giros diversos. 50
 También las veloces Palomas, Citérea turba,
 por el límpido éter salían lanzadas de torre muy alta,
 y formaban alternas bandadas que en rápido vuelo
 bullían en giro, y nublaban el Sol con sus alas.
 Mas cuando del campo volvían a sus propios lares, 55
 cubriendo los atrios inmensos cual nube muy densa,
 cogían comida también para sí y para sus pichoncillos,
 que suave platillo vendrían a ser de la espléndida mesa.

59-64 La casa y el templo

Entre todo campea la casa notable de ilustre colono,
 construida de fábrica antigua y de noble prosapia altanera, 60
 con grande caterva de siervos asidua a su entrada.
 Junto a ella surgía el recinto de un templo pequeño
 que antigua piedad adornara profuso con oro,
 y que honró con su culto constante la gente devota.

61 magnâ B • cateruâ. B • 62 **Quam** [...] **templi**; M • 63 **sed quod religio** multo M

65-79 Vaticinio de un desastre

De tales riquezas, falaz la fortuna al activo colono 65
 había colmado, y lo hacía dichoso en la plácida paz,
 cuando al punto un anciano sin ser conocido de nadie,
 con veste empolvada y cubierto de tosco sayal,
 de barba canosa imponente, y de faz venerable,
 aparece y, mezclando palabras con tristes suspiros, 70
 así se expresó: «Tiempo vendrá más cruel que ninguno,
 después de que una septena de giros complete la luna
 y Otoño equipare las noches oscuras con lúcidos días,
 cuando Vulcano voraz impunible por estas campiñas,
 suelte su furia cruel, y el valle sucumba a las llamas. 75
 Ígneas rocas, hórridas rocas rodar por los campos,
 y en ruinas extensas inmerso el Jorullo contemplo».
 Así dijo, y dejando en temblor a las gentes dispuestas
 a muchas preguntas, marchóse el longevo de prisa.

80-97 Temor de los campesinos

Mientras esto, los míseros Indios con pávidos pechos 80
 se quedan rumiando, y conservan clavado en la íntima entraña,
 al punto ligera, batiendo las alas por urbes y campos,
 la túrbida fama se cierne y pregona tamaña desgracia:
 “que al Jorullo amenaza un desastre tremendo;
 que ya en adelante ni ricas cosechas ni greyes, ni casas, 85
 ni gleba los hombres sabrán ni podrán trabajar;
 que todo más bien habrá de perderse por fuego inminente”.
 De seguido turbados, a todos embarga mortífero miedo
 que bate sus huesos, y en gélido cuerpo se atiesan sus venas.
 De pronto desean de prisa salir de la casa, y dejar 90
 en tropel las campiñas, y darse a vivir en las selvas remotas.
 Como cuando Jonás, presagiando en la Nínive extensa,

83 praenuncia MB • 88 lethifer MB • 91 syluas MB • 92 Jonas MB

pregona ante el Rey y ante el pueblo venganzas y ruina,
 todos entonces trepidan, y un magno ulular se levanta
 y el temor de lo incierto extenúa sus pálidos miembros; 95
 también así teme consciente de malaventura la turba
 de los campesinos, y todos de enorme pavor palidecen.

98-113 Increpación del señor a los campesinos

Había entre tanto rozado el oído del amo el heraldo
 rumor que, volando entre el vulgo, regaba la infausta noticia,
 de que los labriegos, por súbito horror al futuro desastre 100
 aturdidos, dejaban rebaños y greyes bovinas.

Rápido vuela el señor y, más raudo que rápidos Euros
 al valle acudiendo, así arenga a los pávidos hombres:
 “¿Qué insania, infelices, qué insania os mantiene cautivos,
 para que, de un extraño acatando vacías palabras, 105
 tesoros y campos paternos y el lar familiar,

y aquello que os diera el trabajo de vuestros mayores,
 dejéis todo ello alocados en torpe carrera?

¿Es esto firmeza, es esto valor, es esto el arrojo viril?
 ¡Vergüenza que tiemblen los hombres; vergüenza también 110
 por haberse con miedo femíneo fugado de flavos cultivos!”

Con tales palabras el amo calmaba los pechos inciertos
 y exhortaba a olvidar los presagios de aquel transeúnte.

114-127 Rugidos subterráneos

Ya el pavor había ido saliendo del cuerpo cansado
 cuando se oye de pronto bramar a la tierra y, con ronco 115
 fragor a lo lejos, horrendo sonar de cavernas.

Y aun los llanos, de siempre a tranquila labor entregados,
 de noche y de día retumban batidos de ruido tremendo.

102 ocyor MB • 110 pudeatq; B • 112 herus MB • 118 concussa **proteruo**. M

Como a veces la nube preñada de denso vapor
 que, hirviendo Titán levantó de las ondas marinas, 120
 arroja purpúreas teas y en lumbres se incendia;
 y, excitando sombría en el cielo terrible fragor,
 el éter trastorna y los campos y montes con grande tumulto;
 no de otro modo las pingües entrañas negreantes del valle
 doquiera resuenan turbadas por eco infernal. 125
 De nuevo agitados los pechos por tales sucesos, de noche
 y de día repasan aquellos presagios de malaventura.

128-141 El terremoto

Y apenas el áureo sol alcanzaba la altura de Libra,
 de pronto se ven trepidar las entrañas del valle,
 y el bosque y las casas excelsas y el templo moverse, 130
 y oscilar con terrible vaivén las pequeñas cabañas.
 So los pies, sacudida doquiera a lo ancho la tierra vacila,
 ni con paso indeciso es posible tenerse de pie;
 las piernas fluctúan, y esquivo la tierra cualquiera pisada.
 Crujían entonces las vigas del techo, se hendían alcobas 135
 y raudas rodaban las chozas en trépida ruina.
 Aun más, hasta el templo de sólido mármol construido
 parecía elevarse al hincharse la tierra hacia arriba.
 Al Sol, entre tanto, mantiene cubierto una tétrica nube
 y en un cielo de triste se cierne traidora la calma; 140
 y todo presagia a los hombres infando desastre.

142-166 Huida de los campesinos

De momento atontados se queda su lengua sin habla
 y el terror les mantiene fijados los ojos en una mirada.
 Mas después agitadas por magno dolor las trémulas voces,
 sueltan gemidos, y enteras las auras de tristes clamores 145

130 excelsaeq; B • templumq; B • 140 coelo MB

saturan, en tanto que bañan de llanto sus tierras amadas.
 Con lágrimas unos acusan al hado; hincados los otros
 suplican imbeles tendiendo las palmas al cielo,
 y hay otros que colman las aras Divinas de sacras promesas.
 Así el sacerdote dirige su trémula voz a estas gentes: 150
 “¿De qué sirve entregarse remisos a largos lamentos,
 poniendo entre tanto la vida en tan grande peligro?
 Más vale de prisa la huida y dejar estos campos.
 Huyamos, ¡Ay! —dice— huyamos de fúnebre ruina: el cielo
 permite y persuade la huida; huyamos amigos: 155
 así amonestados conviene evitar una muerte segura”.
 Les dijo, y sin trocha ante otros por medio del valle,
 devora camino, y ligero ni huella la tierra marchando.
 La turba obedece a su guía, que avanza sin tregua,
 y con rauda carrera veloz ya de cerca lo asedia, 160
 colmando de gritos femíneos la vasta campiña.
 Así sus tesoros, así sus moradas, así los cultivos dejaron.
 Como antaño, de tétrica pira de helénicas llamas,
 huía veloz la Dardánida gente, sin rumbo y dejando
 los caros penates, la patria y los reinos Troyanos, 165
 con dolores que clavan el pecho al hundirse la patria.

167-179 Ígnea erupción del valle

Del Jorullo y su míseros campos se había apartado
 la gente gozosa de haber eludido el extremo peligro,
 cuando a ella Vulcano amenaza con nuevos espantos.
 Era el tiempo en que clara Latonia sus carros, 170
 habiendo medido regiones etéreas, guiaba en declive,
 sin que Aurora morosa entre tanto emitiese señales
 de uncir los rosados corceles al rápido carro,
 cuando al punto la tierra, rompida entre horrendo fragor,
 furibunda vomita sus Étneas llamas al cielo, 175

160 cominus MB • **urget**, M • 175 sydera MB

y globos cinéreos ingentes y teas pecientas,
tupiando de oscuras tinieblas el ámbito todo del cielo.
Vuelan peñascos en llamas cocidos en rútilos hornos
y al caer con frecuencia se hiende la tierra tremante.

180-194 Mayor alejamiento de los campesinos

De nuevo esta gente aterrada por tales portentos, 180
más lejos se apresta a marchar, y buscar un asiento seguro,
donde ningún movimiento del suelo descuaje los muros,
ni demente Vulcano se ensañe con rútilas armas.
Pues tal la flagrante locura interior de aquel campo rabioso,
que acosaba con grandes embates los templos vecinos 185
y tantas las teas que echaba furioso por boca tan ancha,
que con ímpetu inmenso vencía a las nubes excelsas,
y de luz purpurina inundaba las urbes remotas.
Hasta, en vuelo por líquido espacio, también las cenizas
de temor agobiaban doquiera a los pueblos distantes. 190
Y tantos fragmentos de roca inflamada entretanto
vomita impaciente el abismo fecundo del monstruo,
que roca a la roca y peñasco al peñasco añadiendo,
ingente colina en el medio del valle llegóse a formar.

195-206 Nuevos cráteres en la llanura

Mas dado que sólo un abismo no fuese capaz para todo, 195
otras cuatro calderas en torno, rompiendo la costra,

*ciento cincuenta millas del Jorullo, sus habitantes recogían de los patios y corrales
diariamente las cenizas.*

192 faecunda MB

(4) Congesta saxa montem in medio uallis efformant altitudinis ad milliaria
tria. MB: *Los peñascos acumulados forman en medio del valle un monte de tres
millas de altura.*

196 quatuor MB

descubre Vulcano voraz con ardiente torrente,
 que habrán de aumentar el peligro de reses y de hombres;
 mas después, taponadas por denso montón de pedruscos,
 y además por rojizas escorias que el fuego acumula, 200
 la tierra vomita por solo una boca su indócil furor.
 No así de demente entre el fuego enloquece el Vesubio,
 cercano a la urbe, cuando a Parténope aterra con teas.
 Ni hórrido el Etna a los Sículos bate con tanto derrumbe,
 cuando forjan los Cíclopes hierro en el sólido yunque, 205
 ni al moverse Encelado Trinacria entera vacila.

[El valle del Jorullo después del desastre]

207-219 Gran estrago en el predio

Un color melancólico había cubierto las tétricas selvas,
 y las siempre negreantes encinas y excelsos cipreses
 tendían sus lívidos brazos desnudos de fronda.
 Se marchitan los pastos del prado, y melíferos frutos 210
 tostados vertieron al suelo su líquido néctar.
 Sucumben al fuego las pávidas greyes y el fuerte novillo
 amansado, o evitan la muerte por francos caminos.
 También cae a tierra la antigua morada del noble
 colono, arrastrando al rodar un inmenso derrumbe. 215
 Y los templos, de antaño adornados con lujo soberbio,
 con ímpetu ruedan en ruinas, y al golpe en su entorno
 se agita la tierra, y producen fragor las colinas.
 Doquiera la muerte, doquiera pavor y terror amenazan.

220-234 Pavor de las fieras

Y penetra también por los bosques y agrestes cubiles 220
 obligando a dejar intrincados dominios a pávidas fieras.

213 lethum MB • 217 circûm B • 221 turbatus M

Cada una abandona las selvas, los antros de oscuro retiro,
y olvidando del todo desde ahora su innata fiereza
frecuenta amansada poblados, como antes las selvas.
Así el Oso feroz y el León y la astuta Licisca 225
y el Tigre de instinto violento que ignora ablandarse,
y toda alimaña que esconde en opacas latebras el bosque
reclaman del hombre el amparo gimiendo por entre las casas.
Así como el fin de los tiempos, la hora postrera del mundo
turbará de terror a las fieras; e insólitos sismos harán 230
que temblando los hombres, y en llamas voraces el orbe,
rebusquen refugio seguro en las tétricas cuevas;
y al contrario, por urbes desiertas irá divagando la bestia;
así aterroriza a aquel valle Vulcánica peste.

235-266 Horribles tormentas

Mas cuando Mulcifer en calma apacigua sus fuegos, 235
y ya lentamente la tierra agotada de sismos se aquieta,
he aquí que el Jorullo y su sima con nuevo portento amenaza
sembrando terror a distancia, y de cerca la muerte.
Una turba de muchos pastores, calmado el temor,
caminaba muy triste de vuelta a los campos paternos 240
llevando rebaños dispersos de nuevo a los prados;
de pronto imponente la cima del monte, por hórrida nube
preñada de negro y sulfúreo vapor, se ve envuelta.
Comienza a encenderse con leves centellas el nimbo,
sin que un sólo rumor sacudiera al oído que escucha. 245
Cuando el fulgor poco a poco alcanzó ya más fuerzas,
lanza de pronto un estruendo horroroso entre rayos,
y braman al ser golpeados con grave rumor los collados.

conmutans homines brutis, atque urbibus antra.
cambiando los brutos en hombres, las urbes en antros.

(En adelante, al 235 B corresponde el 236 M; y así sucesivamente hasta el último verso, que en B es 355, y en M es 356).

Redobla los golpes la nube, y doquiera centellas
 incendian hogueras purpúreas en densos nublados, 250
 y alumbran los campos; son tantas saetas de lo alto
 lanzadas, mugiendo los cielos, ardiendo por rato,
 y tantas las llamas cayendo con ruido en los campos,
 que nadie hay que pueda contar tantas teas trisulcas.
 ¡Tanto brilla con tantas centellas el húmedo éter, 255
 y tantos mortíferos dardos despide la nube sombría!
 Desgájase en partes herido por nimbos el Olmo
 y se abaten con ruido estridente veloces los Cedros.
 A muchas bidentes entonces castiga la súbita muerte;
 el novillo, espantado de trémulo rayo, a regiones montanas 260
 se marcha, y por selvas extensas las greyes se esparcen.
 Aqueste portento amenaza al Jorullo y al valle cada año,
 llenando de triste dolor las campiñas vecinas,
 azote funesto de greyes, y plaga de los mayores.
 Así enloquecido de inicuo furor el Jorullo, 265
 o cubre los campos de llamas, o hiera con rayos los pueblos.

267-287 Mutación de la temperatura de un río

También además la locura del monte a las gélidas linfas
 perturba y sofoca violenta con fuertes calores.
 Un vítreo río corría rodando desde altas laderas
 y huyendo con ágil fluir entre rudos peñascos, 270
 regaba cultivos y prados con mansos regueros.
 Sus gélidas aguas rociaban los tiernos plantíos,
 y a greyes sedientas calmaban en pleno bochorno.
 Mas después que brotó llamarada de negras cavernas,
 y con teas montanas ardió la región del Jorullo, 275
 un ígneo bullir se introduce en las ondas del río,
 y las que antes heladas buscaba el ganado triscante,
 en abismos bullentes se cambian en cálidas linfas.

267 limphas MB

274 tetras MB • 278 limphas. MB

Ni nadie, aun veloz, ha podido pasarlas andando,
 sin que pierda la piel y así pague su audacia el osado. 280
 Mas cuando al cenit se apresura ya el sol ardoroso,
 las ondas hirvientes deponen el fuego y se entibian.
 Como suele, en Libia región, de Cirene la límpida fuente
 de undoso venero bullir ya mediada la noche,
 y en cambio al fulgor rutilante del sol congelarse; 285
 así en la región del Jorullo conduce este río sus aguas
 ardientes, que luego con fuego de Febo atempera.

288-299 Mutación del clima y de los suelos

No pequeños solaces, no obstante, concurren con tanto
 desastre; que sirve su don para gracia mayor de los campos.
 Pues el valle en su prístino ser demasiado ardoroso, 290
 después que el Jorullo abrumóle doquiera de ruinas
 y hostil infestóle con muerte cruenta los prados,
 ni enerva los lánguidos miembros con Libio bochorno,
 ni entume de Escítico frío en la brega las manos;
 sino que ganados y gente se gozan del clima benigno. 295
 Y aunque así despojó de cultivos los campos lozanos,
 y en un lustro la tierra no diese ninguna simiente
 ni frutos, en cambio de allí en adelante dio tantos,
 que vencen ventajas presentes a daños pasados.

Los terremotos de Bolonia

300-308 [Transición y descripción]

Así modulando solía yo mismo engañar mis cuidados 300
 cabe el rápido Reno que vaga a través de los campos,

la noche. Esta fuente me recuerda la de Júpiter Ammon. Según Lucrecio [VI, 848-849] era fría por el día y caliente durante la noche. Regnauld tom. 2 Entretien 12.

288 solatia MB • 292 cruentâ, B • 293 Libico MB • 294 Scytico MB
 296 Sic **uber**es quamquam M • 298 foetus MB

cuando crujen de pronto las vigas, resuena excavada
 la casa en sus bases, el suelo vacila y oscilan los techos;
 y aquella que firme y compacta la vieron enhiesta los siglos,
 Bolonia, parece volcarse y rodar de su asiento profundo. 305
 El pecho se pasma y el miedo sacude los gélidos miembros.
 La gente abandona sus casas, y al frente ni puede
 pararse; doquiera sin orden discurre por toda la urbe.

309-342 Causa de los mismos

Y es que movido de peste rabiosa envidioso el Vesubio,
 tras golpear de Parténope en tantos momentos la Urbe, 310
 y en tantos haber consumido sañado sus mieses doradas,
 se duele de ver nuestra Urbe y murallas y torres enhiestas.
 Por eso insensible a través de telúricas cuevas profundas
 buscando pasajes, en arte infernal muy taimado,
 oprime por fin de una vena sulfúrea los rastros, 315
 hasta poder penetrar en Felsinas cavernas.
 Mas luego que toca Mulcíber el cóncavo antro,
 de súbito el nitro, el azufre y el negro betún
 se inflaman con sólo acercarles las teas; Vulcano soltando
 las riendas se ensaña, y al aire del antro hecho denso 320
 por gruesos vapores relaja con fuego violento.
 Así relajado del todo, da vueltas y giros el aire
 de acá para allá, y rebusca por donde la tierra rajada
 se abra, queriendo azorado librarse de angosta mazmorra.
 Luego furioso con grande murmullo revienta la estrecha 325
 prisión, sacudiendo con fuerza la mole de encima,
 hasta tocar desbordado el etéreo vacío
 y, ya libre, lanzarse sin riendas por aguas y prados.
 No de otro modo fue antaño (si deben creerse los dichos)
 que hostil a los pueblos y en llamas soberbio el Colima, 330

325 murmure **soluit** M

(7) Colima mons etiam igniuomus septuaginta circiter milliaria a Xorulo
 dissitus ignes suos extinxisse dicitur, simulatque ille flammam euomere coepit. MB:

diversos pasajes cavase en telúrica mole,
 hasta encender con sus teas la entraña sulfúrea del valle
 Jorullo, y batirle sus agros con golpes acerbos.
 Luego, al romper la estructura del valle, vomita su fuego,
 y con paz simulada extinguióse en los cráteres viejos, 335
 para seguir, del Jorullo ya abierta del todo la ingente
 caldera, eructando taimado, por nueva abertura sus llamas.
 ¿Pero quién cuando llega el rumor infernal a su oído,
 o brama la tierra aterrada entre sismos horribles,
 oprimida de pronto su alma de ingente temor 340
 al igual que nosotros (¡Oh Dioses, tal monstruo alejad
 de nuestra comarca!) dejará de temer lo fatal del Jorullo?

343-355 Confianza en la protección de la Virgen Santa

Mas, otros se espanten, se espanten, oh Virgen Jeseia,
 aquellos que manchan tus laudes con lenguas perversas,
 y aquellos que, siéndoles gratos otrora, tus dones enlodan. 345
 ¿Pues qué va a temer la preclara Bolonia el desastre,
 si abrumando incesante tus aras de ofrendas perpetuas
 te rinde sumisa los más merecidos honores,
 y con alma cumplida, recuerda en justicia tus dones?
 Ea pues, Virgen Madre, socorre a este pueblo que implora; 350
 auxilia y consuela propicia a la urbe gimiente:
 que mientras el lúcido fuego recorra el Olimpo,
 y al ponto cerúleo se lancen huyendo las fuentes,
 Bolonia, famosa, guardando en su pecho tus dones,
 por siempre tu heraldo doquiera será por el orbe. 355

Fin del Libro Segundo

331densâ B • 333 quassabit MB • 335 simulatâ B • 336 uastâ B • reclusâ B
 354 inoblitâ B